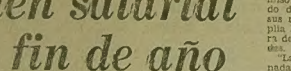


# Harguindeguy: "No nos hemos confesado"

Denunció a "los que pretenden-dijo-obtener réditos personales o sectoriales por la visita de la CIDH"

## Regimen subarbol hasta fin de año



Asimismo, se señala que "el grado de actividad económica y sus manifestaciones implicancias en el nivel empleo, configuran una situación que permite acordar una mayor libertad en la determinación de las remunera-

ministro del Interior; el ministro  
de Finanzas, Ali Akbar Khan  
Mazdoorvar, y el ministro de  
Defensa, Abdul Ghorbandi—  
poco antes de  
que Amin, quien  
era el verdadero



















# Noches de machete

EL LITORAL - Sábado 22 de setiembre 1979 - 9

El puma lo venía apenas abandonó el terrapén. Se endurecen los músculos atigrados y una emoción de terciopelo ondula la piel del felino. El hombrecillo trastabilla, ridículo de traje y porta folios.

—Teneé cuidado con los pumas, Jacinto Robledo—, había sido la despedida del viejo del caballo negro, al salir de la estación. Inútil advertencia. Es hombre marcado y—para su bien o quién sabe para qué—recorrerá minuciosamente su circunstancia. Por algún monte, entre esas salajías cuchillas, está la salamanca. Y en ella el horror, tal vez la abominación, acaso la muerte. Pero también (una larga tradición lo asegura) el poder. Un poder no imaginable para quienes viven con los ojos vendados. Poder supremo de ser y de hacer. De perdonar o de castigar. De olvidar o ejercer la implacable venganza. Poder de convocar a capricho el torbellino de las volutas cósmicas o la iniquidad de las furias subterráneas.

Jacinto sabe que su único enemigo es el miedo. Enemigo callado y artero, dispuesto siempre al golpe sin aviso. Cualquier vacilación, la mínima duda, y es muerto.

El animal lo sabe seguro. Agazapado entre las ramas bajas de un lapacho, cala que está en el camino del hombre, y lo espera. Jacinto, sin razonar el motivo, se detiene. Busa orientación entre las estrellas, pero las nubes son insobornables. Echa mano al 30 largo y sigue andando.

A menos de veinte pasos del lapacho lo ve. Ve los ojos azules brillando a ocho pies de altura. Se detiene nuevamente. Ha llegado el momento. La noche recoge todos sus ruidos. Se cierran los sapos y el grillo se ocurrece.

Sin quitar la vista de las bramas amenazantes, invoca para sus adentros al Arcángel y amantilla el arma. El puma no alcanza a comprenderlo, la bala le da entre los ojos. Aflaja de golpe toda la tensión y cae con pesadez, casi con destello, sobre las duras raíces esportijadas. Un coro de latidos marciales celebra la hazaña. La noche resucita.

El terreno es áspero. Sin luna y sin experiencia previa, a Jacinto le cuesta mantener el rumbo.

La tierra respira con pesades. Nubarrones de ruidos se desprenden entre las nubes, y los tucos suben y bajan en procesión entre duraznillos y arrayanes. El palo borracho apoya sus arbotantes contra el fuste de la palma. Un cimborrio de urunday y jacaranda se proyecta más arriba del campanil de la araucaria. Bejotes y llamas trencan y destreñan sus atigrados sobre el suelo de la sabana.

Ya quedó lejos la curiosidad del jefe de estación de Saucos de Luna. Más lejos todavía, su telegrama anunciando a la ferretería que se aparta del itinerario programado para visitar un cliente en Borri.

Un arroyo se echa a sus pies. El aire oscuro murmura chamarrillas. El bajo profundo de una risa pautilaria hace contrapunto. La frialdad



negra del agua lo rechaza. Pero no debe haber dudas. Armangados los pantalones y con los mocasines en la mano, tantea buscando el tado.

Un murciélago lo roza una vez y otra, corrigiendo su marcha.

Jacinto Robledo odia a los murciélagos. Se promete remontar a su regreso un funesto barrilete de cuero de murciélago. Allí lejos, donde está el otro crucifijo.

El tam-tam de un parche ceremonial ordena la enuncianción aritmética, sostenido por un piano de maracas y chachiquis de guajitos y drupas secas.

Una forma cilíndrica y viscosa lo acaricia sin ruido. La cabeza de la lampalagua real se desliza contra su pecho y por debajo del brazo derecho Jacinto ni respira. El monstruo truce como una jabalina, burlón e indiferente. Pero bastaría un quejido, un gesto, para que los alineados anillos dibujen alrededor de su cuerpo la fatídica señal.

La noche se hace menos oscura. Una luz rojiza le permite distinguir formas primarias fantasmalres. A su espalda aletean aves impredecibles. Por encima de su cabeza chifla y rechifla el lechuzón. El agua es ahora tibia y espesa. Es la sangre del cadáver de piedra que se propone explorar. ¿Quién va a explorar tu cadáver, Jacinto Robledo? Jacinto Robledo es intangible. Jacinto Robledo es inmortal.

Ocho maturrangos se quedaron apuntando a la nada aquella madrugada de Huaqui, cuando su bisabuelo el sargento Rudecindo Robledo, herido de bala en un hombre y con cinco sablazos en la espalda, se permitió abofetear al coronel español. El coronel le cortó la mano de un solo tajo. Sin saber—o tal vez presintiendo—que ese gesto connotaba la repetición de la ceremonia que un siglo y medio más tarde arruinaría la digestión de cómites y menestrales devotos y debotas.

El pelotón de fusilamiento quedó allí. Ocho fusiles cargados y apuntados. El sable de un coronel embotado y ridiculizado. El cuerpo herido y amarrado del sargento Rudecindo Robledo, dispuesto con apenas un tirante "mustrangos". Desaparecido en el aire. En las mismas naricas del enemigo.

Jacinto avanza por la playa. Le pesa la ropa empapada. Una corridumbre de marchar prolija mente el encuentro de un destino ajeno a su rutina de viajante insatisfecho.

A su frente, destacado en la boca en una lumbre sulfúrea contra el terciopelo oscuro del chaparral, aparece la cueva.

Adolante unos pasos. Un terror volcánico desgarró los másculos del monte. Un fuego frío le da en la cara. Se asfixia.

Tropieza y cae hacia adelante, arrastrado por un viento espeso que arroja dentro de la caverna ramas, animales y piedras.

El tam-tam se exagera. Una presión de locura le retuerce los oídos. Los bejotes azotan el aire. Los sorlidos de la salamanca estallan a su alrededor, imprecisos pero reales.

La oscuridad lo clava en los ojos puntas aguzadas y vidrios rotos. Fibras húmedas y frías se cierran alrededor de su garganta, estrangulando. Un dolor interminable anuda el grito. Es el fin. En su cerebro crece una punta de fuego.

De repente, todo su dolor en la.

Rueda una arena entangrentada, cuando un gladiador lo golpea en la ingle, mientras le aplasta la cara con el escudo de la VII Legión. Castigado por el rugido de plateas infames, se adormece.

Lo despierta un tableteo de ametralladoras y se aferra con desesperación a la baranda del puente Sitchényti; las orugas del tanque ruso le destrozan las piernas.

Una bota le patea la cara y rompe su guitarra, sin sangre y sin cuerdas, contra el pavimento alfombrado de tibias y espaldas de pescado del Estero Nacional.

La luz caliente lo acaricia. Cae de rodillas, sobre un tapiz de espumas negras, mientras la metralla derriba el cielo encima suyo bajo las murallas martirizadas de Curupayti.

Entonces comprende. Todo es importante. Todo es necesario.

Para que se consumen los tiempos. Para que se cumpla su destino de pequeño empleado, de pequeño marido, de pequeño poeta.

Para que, atravesando el infinito umbral de los universos de azogue, puedan enlazar sus brazos en cruz la cabeza y la cola de la Serpiente.

Para alcanzar esa desgarradora unión que se le escapa a través de la herida abierta por una luna romana en su costado.

Para que, al fin, desgarre el cielo y golpee de su poderosa cosa, en reclamos de amante malida, el carapacho de todos los relojes.

Para abrir los ojos en la sucesión final y encontrarse, en otra noche y bajo otro cielo, frente a ocho fusiles maturrangos que disparan al unísono, a la orden impaciente y enérgica de un coronel español.

Gregorio Echeverría

Para El Litoral - Buenos Aires

## La narrativa norteamericana contemporánea

Jerome Klinkowits hace un tiempo un estudio sobre los escritores que él llamaba "postcontemporáneos" de la narrativa norteamericana actual. Menciona entre ellos a John Barth, Thomas Stryker, Kurt Vonnegut, John Barth, Donald Barthelme, Jerzy Kosinski, Joseph Heller y Steve Katz, entre otros. Entre nosotros, Rodolfo Bahamón, acaba de realizar un interesante aporte en un trabajo que titula "La narrativa norteamericana de vanguardia", y en donde analiza los principales aportes de la actual generación al tan difundido género literario.

Hefes representativos de la primera generación de la pasada generación: Hemingway, Faulkner, Dos Passos, Steinbeck, entre otros, para analizar seguidamente a su sucesión, los escritores que produjeron, luego de la Segunda Guerra Mundial. Estos, realizan una profusa labor, pero de toda esa producción, una pequeña fracción transcurre hacia proyectos trascendidos hasta nuestra década. Los demás, se confundirán dentro de una generalización, absorbidos por los representantes de la llamada generación postcontemporánea. La aparición simultánea, —expresa Bahamón— del "boom" de los escritores latinoamericanos

puso de relieve y marcó la presencia de escritores contra la pesada generación del Norte, y autores como Julio Cortázar, García Márquez, Manuel Puig, Vargas Llosa y Mario Fuentes, entre otros, ocuparon la atención de los centros sofisticados de Nueva York. La corriente de simpatía —agrega— vivió los oscuros días de la "habla" "abrigada" a la fama de Jorge Luis Borges, desde hacía ya algunos años, sobre todo en el ámbito universitario, y su obra fue revisada o nunca nunca lo había sido antes.

Estudia luego a los escritores que considera más representativos de la segunda generación, comenzando por John Barth, autor de dos interesantes novelas: "Giles, Goat-Boy". Prosigue con Kurt Vonnegut —el más popular de esta generación— quien se mueve dentro de la ciencia ficción y la comedia satirizada de humor y vida, tales como "La cuna del gato", "Madre de carne", "Matadero", "Payaso" (1979).

Análisis luego, al autor de Jerzy Kosinski, polaco de nacimiento, acreedor del premio Al Mejor Libro Extranjero y el National Book Award por sus libros "The Painted Bird" (El puma

ro pintado) y "Step" (Paseo), "distingue en sus obras la pesadilla cotidiana a través de un entramado enfiado". Sus últimas producciones: "Desde el jardín" y "Cockpit" han obtenido singular éxito. Destaca también la principal su undécima repulsa a la Gran Novela Realista Norteamericana, remarcando en su lugar la imaginación, formalista, académicamente contestataria en algunos casos y absolutamente —o casi— ajena a toda referencia histórica en otros. Todos ellos, de una manera u otra, parecen haber descubierto, antes o más tarde en sus carreras, que la arbitrariedad suele llegar a ser la nota predominante de la conducta humana en esta última parte del siglo XX. Todos, en distintos niveles de percepción y elaboración, parecen haber elegido la alegoría —con frecuencia de un cruel humor negro— para reflejar el conflicto entre "historia" y "sociedad".

Por último, analiza a Thomas Pynchon, quien ha escrito tres novelas (ninguna de ellas traducida al castellano): "V" (1963), "The Gering of Lot 49" ("El llanto de Lot 49") y "Gravity". Pynchon (El arco-iris de la gravedad) (1973). Extrañamente en esta última novela —expresa Bahamón— hay lugar para citar a Leopoldo Leguina, a Jorge Luis Borges, hablar de un tango de Juan D'Arienzo y referirse al primer gobierno peronista en la década del '40.

Señala al hablar del conjunto de estos escritores, que es posible distinguir entre ellos la línea develadora de algunos de sus rasgos comunes, siendo la principal su undécima repulsa a la Gran Novela Realista Norteamericana, remarcando en su lugar la imaginación, formalista, académicamente contestataria en algunos casos y absolutamente —o casi— ajena a toda referencia histórica en otros. Todos ellos, de una manera u otra, parecen haber descubierto, antes o más tarde en sus carreras, que la arbitrariedad suele llegar a ser la nota predominante de la conducta humana en esta última parte del siglo XX. Todos, en distintos niveles de percepción y elaboración, parecen haber elegido la alegoría —con frecuencia de un cruel humor negro— para reflejar el conflicto entre "historia" y "sociedad".

Sintetizando la visión panorámica se destaca que la versatilidad, ambigüedad, formalismo y trivialidad pueden ser los calificativos de esta nueva literatura, según los propios críticos norteamericanos. ¿Quizás —se agrega— porque no haya lugar todavía para un juicio más o menos terminado, la actitud

de la crítica sigue un conjunto de estos escritores, que es posible distinguir entre ellos la línea develadora de algunos de sus rasgos comunes, siendo la principal su undécima repulsa a la Gran Novela Realista Norteamericana, remarcando en su lugar la imaginación, formalista, académicamente contestataria en algunos casos y absolutamente —o casi— ajena a toda referencia histórica en otros. Todos ellos, de una manera u otra, parecen haber descubierto, antes o más tarde en sus carreras, que la arbitrariedad suele llegar a ser la nota predominante de la conducta humana en esta última parte del siglo XX. Todos, en distintos niveles de percepción y elaboración, parecen haber elegido la alegoría —con frecuencia de un cruel humor negro— para reflejar el conflicto entre "historia" y "sociedad".

Es cierto también —termina nuestro crítico— que, a pesar del talento lingüístico de un Barthelme, por ejemplo, ninguno de ellos parece estar al ideal de modernista, según el cual la novela era una obra de arte perfectamente escrita. Por otro lado, la aparición de en muchos de sus textos de alusiones científicas y tecnológicas también aleja de los novelistas norteamericanos anteriores, dándole en ellos una característica más, inherente al tiempo en que les ha tocado vivir. Subraya como dato interesante la importancia que reviste la literatura hispanoamericana y especialmente la argentina, en la búsqueda de formas nuevas, entones no frecuentadas por la narrativa del Norte.

## Elegía para los ángeles moribundos

I  
Todos los días los plásmos irremediablemente los plásmos sin verlos opacitándose en el apremio de siempre con la onerosidad de columbrar en la impostergable necesidad de llegar a tiempo. Y los vamos cegando con nuestra huida oscura dejándonos sin manos y sin sexo, ese sexo cubierto y evidente, natural e impensado que solo inmutamos con un sober impoederable hacia lo grola. Les quebramos los ojos sin saberlo, sin pensarlo y no decimos nada homicidas seriales parientes inconfesos de la muerte sin nombre, y seguimos hablando del ángel de los cosos del ángel escondido que tenemos los hombres bajo la piel y el alma, de la señal eterna que odina la frente caminando hacia el este. Dueños de la dádiva gratuita sin ganancia buscamos en los viejos cielos rasos los rostros alados de los ángeles, los rostros reportados de los fisis aéreos perdiéndonos todos los rostros en el ayso hasta lo asocio para que los coleccionistas o la moda le busquen algún silo en el más tarde. Todos los días los matamos irremediablemente pero a veces se los dejamos al porta porque vivo en algulen y nos regala, si puede así como al desculso una pluma olvidada sobre el hombro.

II  
Un día inesperadamente descubrí un ángel, era sábado por la mañana y había mucha gente mucho calor moviéndose en el sol demosiado y los vientos voladores cillo en el enlambra de la calle viviente, y lo vi desde lejos en la penosa distancia con que se mira siempre lo que de alguna manera se está yendo. Creo que tenía diez o quince años, pero muy extraño y muy tristes y le faltaba el otre pero yo estaba lejos y había mucha gente.

Nelly Borróni Mac Donald